



La Filosofía de Nietzsche y Sartre en *El extranjero*, de Albert Camus

Roberto Angel G. [1]

Pontificia Universidad Católica de Chile
rangel@uc.cl

Resumen: En la novela *El Extranjero* de Albert Camus es posible advertir la presencia de dos corrientes filosóficas importantes: primero, la influencia del pensamiento filosófico instaurado por Friedrich Nietzsche y, luego, el influjo de la filosofía existencialista, cuyo mayor representante será Jean Paul Sartre.

El propósito del siguiente texto será llevar a cabo un análisis del comportamiento de Meursault, protagonista de la novela, en base a las doctrinas antes mencionadas, quien, finalmente, establecerá su propio modo de pensar, rescatando por un lado los principales preceptos del pensamiento formulado por Nietzsche como los relacionados con el existencialismo sartreano, pero, por otro, incorporando también ideas propias, que sustentarán su filosofía personal acerca de la vida.

Palabras clave: Camus, Nietzsche, Sartre, "El extranjero", novela filosófica

Abstract:

In the novel *El Extranjero* of Albert Camus is possible to warn the presence of two philosophical important currents: first, the influence of the philosophical thought restored by Friedrich Nietzsche and, then, the influence of the philosophy existentialist, whose major representative will be Jean Paul Sartre.

The intention of the following text will be to take to end an analysis of the behavior of Meursault, protagonist of the novel, on the basis of the doctrines before mentioned, the one who, finally, will establish his own way of thinking, rescuing on the one hand the principal rules of the thought formulated so much by Nietzsche as by Sartre, but, for other one, incorporating also you design own, that will sustain his personal philosophy about of the life.

En la novela *El extranjero*, de Albert Camus, es posible advertir la presencia de dos corrientes filosóficas importantes: primero, la influencia del pensamiento filosófico instaurado por Friedrich Nietzsche y luego, el influjo de la filosofía existencialista, cuyo mayor representante será Jean Paul Sartre. En lo que sigue veremos como Camus, en *El Extranjero*, incorpora ciertos aspectos representativos de cada una de estas doctrinas, dejando de lado también ciertas particularidades inherentes a ellas.

Una primera etapa de la filosofía de Nietzsche se puede encontrar en su libro *El Nacimiento de la Tragedia*. En él, Nietzsche critica a la moderna civilización burguesa, en la cual ve un predominio de las fuerzas racionales, negando toda posibilidad de existencia a las cualidades irracionales que también poseería la vida. Es así que establece dos figuras para representar lo anterior: lo *apolíneo*, que considera la individualización, el límite y la forma, y lo *dionisiaco*, característica de lo trágico, la desmesura y la embriaguez. Para Nietzsche, una vida que no se niegue a sí misma debiera de integrar ambos conceptos y no uno sólo, lo *apolíneo*, que hasta el momento dominaba la escena.

Luego de la incorporación de lo *dionisiaco* a su doctrina filosófica, Nietzsche trabajará en los temas que caracterizan gran parte de su obra: la muerte de Dios, la voluntad de poder, el eterno retorno de lo idéntico y el superhombre.

En cuanto a la caída de Dios, los primeros indicios de esta idea son posibles de encontrar en el quinto libro de la *Gaya Ciencia* (1882), en el cual Nietzsche señala:

“El más grande de los acontecimientos modernos -que ‘Dios ha muerto’, que la creencia en el Dios cristiano se ha convertido en incredulidad- ya comenzó a proyectar sus primeras sombras sobre Europa”. (Cit. Heidegger, 180). Según explica Heidegger en su ensayo “La Frase de Nietzsche: ‘Dios ha Muerto’”, si bien es posible inferir que Nietzsche se refiere directamente al Dios cristiano, tampoco es menos cierto que para él esto equivale a remitirse también al mundo sobrenatural y al pensamiento de Platón, según el cual la realidad en la cual habitamos no sería la verdadera realidad, ya que ésta se hallaría en un espacio ultraterreno conformado por el mundo de las ideas.

Así, lo que quiere decir la frase de Nietzsche no es otra cosa sino que los valores suprasensibles y el platonismo han perdido su protagonismo y que ya no es posible remitirse a certezas inmateriales para desempeñarse ante la nueva realidad. De esta forma el hombre queda expuesto ante el nihilismo, es decir, la falta de una verdad que pueda regir su vida. Aquel lugar que antes ocupaba Dios ha quedado vacío y, el ser humano, a la deriva en medio de la nada.

Ahora, la posición ante el nihilismo puede encararse de dos maneras distintas: la forma ideal de afrontarlo es lo que se denomina nihilismo clásico o activo, mediante el cual el ser reconoce su nuevo estado, es decir, la ausencia de valores y sentido y, motivado precisamente por este sentimiento de desilusión y destrucción, se entrega a la faena de la creación de nuevos valores de dirección, provocando una transvaloración de los anteriores valores. Para Heidegger esto correspondería al cambio rotundo en la posición de los valores, es decir, el nuevo planteamiento ocuparía un sitio distinto al dejado por el hueco de Dios, reconstruyendo sus propias leyes.

Pero también existe la posibilidad de que este nihilismo sea tomado de forma negativa, el cual es llamado nihilismo pasivo. En éste, el ser, al experimentar el vacío resultante de la muerte de los ideales, se decepciona y agota y debe pronto encontrar otro tipo de verdades eternas para paliar la caída del sistema precedente. En este caso, Heidegger señala que el hombre coloca en el mismo lugar vacío abandonado por Dios a estos nuevos valores, resultando con esto que la transvaloración de los antiguos ideales no se produzca.

Ante la caída de Dios, lo que intenta realizar Nietzsche es una nueva valoración de la vida. De esta forma, Heidegger plantea que si queremos realmente conocer que es lo que quiere decir la frase “Dios ha Muerto” es indispensable comprender que entendía Nietzsche por valor. La definición la podemos encontrar en las propias palabras de Nietzsche: “El punto de vista del ‘valor’ es el punto de vista de las *condiciones* de conservación y aumento respecto de estructuras complejas de duración relativa de la vida dentro del devenir.” (Cit. Heidegger, 189).

Lo primero que resalta es el hecho de que se conciba el valor como un punto de vista. Tal como señala Heidegger, “como punto de vista está puesto siempre por y para un ver.” (Heidegger, 189), es decir, el valor será para Nietzsche un punto de vista particular. Además Nietzsche agrega: “Los valores y su modificación están en proporción con el aumento de poder del que pone el valor.” (Cit. Heidegger, 192). Es decir, aquel que pone el valor, coloca al mismo tiempo las reglas para aumentar cada vez su poder. De ahí que Nietzsche se refiera a esto como “voluntad de poder.”

La “voluntad de poder” va a corresponder entonces a la conservación y aumento del poder para aquel ente que valora según su “punto de vista.” Pero, ¿a qué se refiere Nietzsche con poder? En la *Gaya Ciencia* Heidegger cree hallar la respuesta: “Donde hallé lo viviente, hallé la voluntad de poder; y aún en la voluntad del sirviente hallé la voluntad de ser dueño.” (Cit. Heidegger, 194). Para Heidegger, esto se refiere entonces a que siempre la “voluntad de poder” va a aspirar a ser dueño, es decir, a

ordenar, a poseer el mandato. Esto también significa que la voluntad en sí no aspira a algo en concreto, sino que lo que anhela es predisponer de la posibilidad de llevar a cabo deliberadamente su propia conducta. De esta manera lo que procurará la voluntad es algo que ya posee: el poder. Por esto Nietzsche puede decir: “*Querer*, cabalmente, significa lo mismo que querer llegar a ser *más fuerte*, querer crecer...” (Cit. Heidegger, 194), es decir, la voluntad tenderá a dar vueltas sobre sí misma buscando cada vez más aquello que desea, pero que además ya cobija. Esta es la instauración del “eterno retorno de lo idéntico.” Es la “voluntad de poder” que gira en sí misma y según la cual el ser repetirá incansablemente el movimiento de la rueda que se desprende de su voluntad.

Así, por medio de la “voluntad de poder”, se enuncia el eterno retorno de lo idéntico. A través de él la voluntad afirma la eternidad de su propio querer. Y esto también quiere decir que la voluntad debe afirmar la vida hasta el punto de que quiera el eterno retorno de cada uno de sus instantes. En *Así Habló Zaratustra* Nietzsche señala: “Pero el valor es el mejor matador, el valor que ataca: éste mata a la muerte misma, pues dice: ¿Era *esto* la vida? ¡Bien! ¡Otra vez!” (Nietzsche, 1998, 229). Es decir, Nietzsche reafirma el valor de la vida en la tierra, deseando volver a vivir esta vida en una repetición eterna.

Gilles Deleuze, en su libro *Nietzsche*, agrega otro elemento interesante al concepto del eterno retorno. Para él, el nihilismo niega la pluralidad, por cuanto el “eterno retorno” debiera albergar un devenir compuesto de múltiples verdades que, por medio de la voluntad de poder, expulsan a la negación del ser. Deleuze señala que: “ahora lo Uno se dice lo múltiple en cuanto múltiple [...] el Ser se dice del devenir en cuanto devenir [...] Ya no se opone el devenir al Ser, lo múltiple a lo Uno [...] Por el contrario, se afirma lo Uno de lo múltiple, el Ser del devenir.” (Deleuze, 45-46). Así, lo que regresa no es sino lo mismo, entendido éste como lo diverso, como el azar que rige la vida y del cual penden todas las circunstancias que atañen al hombre.

En cuanto a la filosofía existencialista, sus principales líneas están expuestas en el ensayo *El Existencialismo es un Humanismo* de Jean Paul Sartre. Sartre define el existencialismo de la siguiente manera: el hombre puede ser definido en base a dos posibilidades. En la primera, el ser es concebido antes como esencia y luego como existencia, es decir, está configurado desde antes de su nacimiento por una serie de conceptos preestablecidos que ya definen lo que es. Sería el caso de suponer una existencia de Dios, el cual crea la esencia del hombre antes de que éste exista. Aún más, para Sartre, durante el siglo XVIII, si bien se suprime la idea de Dios en algunas filosofías ateas, esto no implica que deje de pensarse que el hombre es primero esencia y luego existencia. Sartre dice: “Esta idea la encontramos un poco en todas partes: la encontramos en Diderot, en Voltaire, y aún en Kant.” (Sartre). Pero él propone totalmente lo contrario: que sea la existencia la que preceda a la esencia, es decir, que el hombre primero nazca en la tierra y, luego, que él mismo se defina. Sartre explica que así “sólo será después, y será tal como se haya hecho. Así, pues, no hay naturaleza humana, porque no hay Dios para concebirla.” (Sartre), frase que nos hace pensar que el existencialismo tiene, como punto de partida, unos de los preceptos más relevantes de la filosofía nietzscheana: la caída de Dios. Además, el hecho de que sea el hombre quien se defina, implica que su camino comience desde su subjetividad, con lo que Sartre agrega que, de este modo, el hombre tiene una responsabilidad ante sus actos.

Sartre da un paso más y añade “el sentido profundo del existencialismo.” (Sartre). Explica que el hombre, al tomar una decisión, en realidad la ésta tomando por todos y, por ende, al escogerse de una determinada manera, elige cómo quisiera que fuera el ser. Sartre explica: “Cuando decimos que el hombre elige, entendemos que cada uno de nosotros elige, pero también queremos decir con esto que, al elegirse, elige a todos los hombres [...] En verdad hay que preguntarse siempre: ¿qué sucedería si todo el

mundo hiciera lo mismo?” (Sartre). De esta manera, Sartre expone que esta responsabilidad del hombre ante sus actos no es tan sólo personal, ya que su decisión importa a toda la humanidad. Y cuando Sartre señala que el hombre vive con angustia, para él ésta se produce debido a su gran responsabilidad que compromete a los demás hombres. Pero para Sartre, esto no le impide actuar. Es más. La angustia es una consecuencia de la acción, ya que los hombres “enfrentan una pluralidad de posibilidades, y cuando eligen una, se dan cuenta que sólo tiene valor porque ha sido la elegida.” (Sartre).

Otra de las características importantes del existencialismo es el “obrar sin esperanza.” (Sartre). Para Sartre, hay demasiadas situaciones en la vida de los hombres en las cuales no es posible intervenir, con lo que es insensato el intentar adaptarlas a los caprichos de la voluntad. A partir de aquel momento, dado que no hay Dios ni designios preestablecidos, el hombre debe desinteresarse por el resultado final, ya que no es posible saber si éste será el esperado o no. Para Sartre esto no implica el quietismo. Por el contrario, él señala que primero hay que comprometerse y “luego, actuar según la vieja fórmula: ‘no es necesario tener esperanzas para obrar.’” (Sartre). Es decir, la doctrina de Sartre se percibe como un culto a la acción en el presente, desvinculándose con el futuro, de tal forma que “no hay otro amor que el que se construye, no hay otra posibilidad de amor que la que se manifiesta en el amor.” (Sartre). De esta manera es que es posible hallar un sentido en la vida: éste se construye por y en el acto mismo. Sartre explica que la vida, *a priori*, sí es absurda, pero en el momento mismo que se escoge una acción, es decir, un valor, ésta se carga de sentido, con el sentido que cada uno elige.

Una de las primeras cosas que me gustaría rescatar de la novela *El Extranjero* es que la filosofía que encarna su protagonista, Meursault, tendrá como punto de partida la idea de que no hay un Dios que resguarde y guíe el camino del hombre, sino que éste deberá regir su vida desde sí mismo, estableciendo sus propias leyes. En el diálogo entre el capellán y Meursault, en la última parte del libro, podemos encontrar: “¿No tiene usted, pues, esperanza alguna y vive pensando que va a morir del todo?” ‘Sí’, le respondí [...] Contesté que no creía en Dios. Quiso saber si estaba bien seguro y le dije que yo mismo no tenía por qué preguntármelo; me parecía una cuestión sin importancia.” (Camus, 72- 73). De esta manera, Meursault partirá desde el mismo punto que Nietzsche y Sartre: el hombre está sólo en la tierra y debe él mismo forjar sus propios valores.

Entonces aquí podríamos preguntarnos: ¿cuál es el valor principal que Meursault impone durante todo el transcurso de la novela? Y uno no podría tener otra respuesta: la indiferencia. Primero, desinterés por la muerte de su madre. Meursault fuma en su velorio sin hacerse mayores inconvenientes, para finalmente sentenciar: “Pensé que, después de todo, era un domingo de menos, que mamá estaba ahora enterrada [...] y que, en resumen, nada había cambiado.” (Camus, 16). Luego, no tiene importancia el amor hacia una mujer ni tampoco el casarse con ella. De su relación con María, Meursault dirá: “Un momento después me preguntó si la amaba. Le contesté que no tenía importancia [...] Me preguntó si quería casarme con ella. Dije que me era indiferente.” (Camus, 23 y 27). Tampoco hay interés por el viaje o las expectativas ante un trabajo mejor. Cuando su jefe le explica que lo requiere para hacerse cargo de una sucursal en París, que le propiciaría el poder viajar, Meursault responde: “En el fondo me [es] indiferente.” (Camus, 27). Finalmente (y es lo que podría colmar la paciencia del lector, ante tanta indiferencia del protagonista), Meursault dejará entrever que habrá sido aquella misma indiferencia la que le permitirá matar al árabe. Meursault dirá: “Pensé en ese momento que se podía tirar o no y que daba lo mismo [...] Dije rápidamente que había sido a causa del sol.” (Camus, 36 y 64). Meursault, por medio de esta actitud, pareciera distanciarse tanto de Nietzsche como de Sartre. Con el primero, ya que para Nietzsche es fundamental que el hombre, desde el nihilismo, cree sus propios valores, defendiendo una filosofía en la cual el ser no

puede “agotarse” ante el vacío, exigiendo tras esto la superación de sí mismo y no una pertinaz indiferencia. Y, con Sartre, el problema es aún mayor, ya que para éste la acción es uno de los caracteres más relevantes de su filosofía, pero además incorpora a la primera el rasgo moral, tan desvalorado por Nietzsche. Meursault en ningún momento, como quiere Sartre, se cuestiona “¿qué sucedería si todo el mundo hiciera lo mismo?”, sino que, por el contrario, experimenta una insensibilidad ante la naturaleza de sus actos.

Pese a esto, creo ver en Meursault un registro que es posible emparentar con la enseñanza de Nietzsche, el cual tiene que ver con la idea del “eterno retorno de lo idéntico”. Recordemos que, más allá de todas las interpretaciones que se la han otorgado a tal propuesta, hay una confirmación de que hay una enseñanza segura, instituida por Nietzsche, que se repite en cada una de ellas a partir del “eterno retorno”: es el pensamiento que dice sí a la vida en la tierra, mediante el cual el ser desea tanto vivir cada momento, que no tiene inconvenientes en anhelar, él mismo, la repetición una y otra vez, de los instantes padecidos en la tierra. Esta es la instauración, de parte Nietzsche, de la valoración de la tierra. Y pese a toda su indiferencia, o mejor, gracias a ella, estos preceptos no están tan alejados del obrar de Meursault. Acerca de su estadía en la cárcel, Meursault dirá estas palabras: “Después de todo, pensándolo bien, no estaba en un árbol seco [...] por otra parte [...] uno acaba por acostumbrarse a todo.” (Camus, 47). Así, será esta indiferencia ante cualquiera de los momentos que al hombre le toque vivir, lo que precisamente permitirá que Meursault acepte la vida y que, finalmente, la anhele. Y aquí es posible advertir una sutil diferencia entre lo que podría denominarse el “eterno retorno” de Meursault y aquel propuesto por Nietzsche. Para llegar hasta él, el último propone la aceptación gozosa de cada uno de los instantes, mientras que Meursault pareciera refugiarse en una medida que le impide vanagloriarse ante el placer de un momento. Nietzsche pretende superar al hombre, exaltarlo, incluso hasta más allá de sus posibilidades, mientras que Meursault se corresponde precisamente con lo contrario: reconoce sus límites (“nunca se cambia de vida” [Camus, 27]), que son los de todos los hombres. Admite, casi con resignación, lo que tiene que ocurrir. Y esta distinción entre ambos se produce a partir de su origen: la aceptación de la tierra de Nietzsche se lleva a cabo desde la vida misma, sin importarle que el destino final para el hombre sea el de la muerte. Él mismo lo señala: “Pero el valor es el mejor matador, el valor que ataca: éste mata a la muerte misma, pues dice: ¿Era *esto* la vida? ¡Bien! ¡Otra vez!” (Nietzsche, 1998, 229). Totalmente contrario es el pensamiento de Meursault. Más emparentado con Sartre, el cual ve al hombre condenado ante la vida, Meursault toma como punto de partida para alcanzar el “eterno retorno” la seguridad de la muerte. Sus últimos pensamientos con el capellán son estos: “¿Qué me importaban su Dios, las vidas que uno elige, los destinos que uno escoge, desde que un único destino debía escogerme a mí y conmigo a millares! [...] Era como si durante toda la vida hubiese esperado este minuto.” (Camus, 76). Sí, aquel minuto en el cual sobreviniera la muerte. Es por esto que Meursault no puede abrazar el optimismo nietzscheano, ya que su certeza de muerte es tan profunda, que la única posibilidad que le queda es entregarse a esta indiferencia resignada. Pese a esto, ambos llegan a lo mismo. Y esto se confirma en la conversación de Meursault con el capellán. Éste, impaciente ante las respuestas de Meursault, termina por encararlo: “¿Ama usted esta tierra hasta ese punto? [...] ¡No, no puedo creerle! ¡Estoy seguro que ha llegado usted a desear otra vida!” (Camus, 75), ante lo cual Meursault responderá que sí, pero “¿una vida en la que pudiera recordar ésta?” (Camus, 75). Finalmente, Meursault dirá al capellán que “ninguna de sus certezas valía un cabello de mujer.” (Camus, 75). Y Meursault es capaz de decir “¿una vida en la que pudiera recordar ésta!” aún bajo la situación en la cual se encuentra: encarcelado y condenado a muerte. Es decir, la idea del “eterno retorno” es tan fuerte en él, que, estando en una de las peores condiciones de una existencia, se esfuerza por dejar en claro que su deseo de repetición es más fuerte y verdadero. Meursault dice: “Para mí era el mismo día que se desarrollaba sin cesar en la celda y la misma tarea que proseguía” (Camus,

50). Y pese a esto, la afirma. Y aquí se produce la coincidencia con Sartre, quien explica que “no es necesario tener esperanzas para obrar”. Tal cual Sísifo, Meursault ve pasar sus días uno tras otro sin que nada cambie. Pero los acepta, los confirma y de esta manera le da sentido a una vida que se torna sin esperanzas y bajo la cual no hay nada que esperar, nada que el futuro depare, pero que sin embargo, es aceptada hasta sus últimas consecuencias.

También existe otra forma de relacionar el “eterno retorno” con la postura de Meursault, que es por medio de lo formulado por Deleuze acerca de este pensamiento. Para Deleuze no puede haber “eterno retorno” sin devenir, es decir, sin azar. Y esto es ciertamente lo que comprende Meursault: si la vida está hecha por el azar, entonces es posible decir que la vida es absurda. Pero aceptando esto, es decir, afirmando la existencia del azar (es decir, el “eterno retorno” de Deleuze), ésta nuevamente cobra sentido, ya que afirmo aquello que precisamente debiera negar la vida. Es por esto que, cuando el tribunal le pregunta a Meursault “¿por qué estaba armado y por qué volvió a ese lugar precisamente?” (Camus, 55), Meursault puede responder tranquilamente “dije que había sido por azar”. (Camus, 55). Y también su amigo Raimundo, cuando el procurador le pregunta el por qué de la presencia de Meursault en la playa, termina por responder: “[su] presencia en la playa era obra de la casualidad.” (Camus, 59). Con esto, a mi modo de ver, Camus quiere dar a entender que no todas las situaciones son posibles de catalogarlas de racionales y causales, sino que como sugiere Deleuze, el “eterno retorno” cobija un devenir compuesto por múltiples verdades.

Pero si Meursault ama la vida en la tierra, acepta sus límites y se resigna ante sus caprichos, cabría preguntarse: “¿Por qué mata Meursault?” En el ensayo titulado “La Rebelión Mítica de Albert Camus”, Marla Zarate propone una idea interesante. Ella explica que los personajes de Camus están caracterizados por un vivir sensitivo, casi un animalidad, en los cuales “la alegría del vivir sensitivo anula toda aspiración metafísica.” (Zarate, 67). Así se explicaría la indiferencia de Meursault, su aceptación resignada del azar, su aferramiento al presente, su tendencia a actuar motivado por la recepción del medio ambiente. De esta forma, Meursault encarnaría las características de lo *dionisiaco* que Nietzsche reclama habrían estado tan desdeñadas ante el reinado de lo *apolíneo*. Continúa explicando Zarate como Camus siempre sintió un rechazo por aquella acción pregonada conforme a absolutos, por medio de los cuales se llevaban a cabo revoluciones y que imponían a la fuerza su postura. A esto Camus contrapone a la Naturaleza, la cual entregaría la medida, la contemplación y la paz. Zarate explica que “en ese contexto [Camus] rechaza la historia y sus acciones, proponiéndonos la medida.” (Zarate, 68-69). En el fondo, lo que critica Camus es la imposición de certezas, las cuales, siguiendo la línea de *El Extranjero*, no existirían, en un mundo regido por el azar y bajo el cual Meursault acepta sus límites ante la imposibilidad de comprender intelectualmente el sentimiento del absurdo.

Pero Meursault no vive sólo, sino que rodeado de seres que puede que no vean las cosas como él las ve. ¿Cómo es la comunidad que rodea al “extraño” [2]? Algo que caracteriza a esta sociedad es el hecho de que, al condenar a Meursault, se estén preguntando, precisamente, lo que para Sartre es un deber preguntarse: “¿qué sucedería si todo el mundo hiciera lo mismo?”. En su ensayo “La Frase de Nietzsche: ‘Dios ha Muerto’” Heidegger explica como, desde una voluntad de poder, es decir, desde un subjetivismo que valora según un cierto “punto de vista”, es posible ceder ante el nihilismo del cual se pretende escapar. Esto ocurre cuando aquel subjetivismo se convierte en certeza. Claro, ya que al imponer un determinado valor a un ser, al valorarlo según determinados y absolutos patrones, no queda la posibilidad de “ser” y aquel ser queda tan sólo convertido en un objeto. Y ésta es precisamente la crítica que realiza Camus en *El Extranjero*. Primero, el tribunal, representante de la ley, niega la eventualidad de que los sucesos se puedan haber producido por el azar. El procurador, irónicamente, manifiesta en su declaración: “El procurador replicó que la

casualidad tenía ya muchas fechorías sobre su conciencia en este asunto. Quiso saber si era por casualidad que yo no había intervenido cuando Raimundo abofeteó a su amante; por casualidad que yo había servido de testigo en la comisaría; por casualidad incluso que mis declaraciones con motivo de este testimonio habían resultado de pura complacencia.” (Camus, 59-60). Luego, más que el acto de matar a un hombre, lo que condena el tribunal es la indiferencia que muestra Meursault ante el fallecimiento de su madre: “En fin, ¿se le acusa de haber enterrado a su madre o de haber matado a un hombre?” (Camus, 60). Finalmente, se concibe el crimen como aquello que no pertenece a una sociedad correcta, como lo absurdo de la sociedad. Meursault, casi sorprendido ante esta idea, explica: “pues allí no buscaban el ridículo, sino el crimen. Sin embargo, la diferencia no es grande [3]”. (Camus, 52). Es decir, esta sociedad trabaja con patrones ya preestablecidos e incuestionables, aquellos que condenan tanto el azar, como la indiferencia, como el crimen, catalogando estas características como lo raro o lo absurdo. Camus repite la crítica de Nietzsche, quien reclama que ya no es aceptable la imposición de valores. Recordemos que en su discurso “De las Tres Transformaciones”, incluido en su libro *Así Habló Zaratustra*, el camello pasa a león y éste finalmente a niño. Este niño representa la inocencia, pero también la posibilidad de crear una propia voluntad: “Sí, hermanos míos, para el juego del crear se precisa un santo decir sí: el espíritu quiere ahora *su* voluntad, el retirado del mundo conquista ahora *su* mundo”. (Nietzsche, 55). Sin embargo, es muy distinta la idea que tiene del niño, el juez de instrucción de *El Extranjero*, quien le explica a Meursault que para que lo perdonen es necesario arrepentirse y que para eso debe transformarse en “un niño cuya alma está vacía y dispuesta a aceptarlo todo” (Camus, 42). Es decir, convertirse en un objeto, dispuesto a aceptar sin contemplaciones los parámetros de una verdad certificada.

Pero Meursault tiene pensamientos totalmente distintos. Para él, todo acusado debería de tener la posibilidad de salvarse. Él señala que “los periódicos hablaban a menudo de una deuda para con la sociedad que, según ellos, era necesario pagar. Pero esto no dice nada a la imaginación [...] Me había dado cuenta de que lo esencial era dar una posibilidad al condenado.” (Camus, 68-69). Y esta es una idea que ya había sido formulada por Nietzsche en *Así Habló Zaratustra*. Ahí Nietzsche señala: “¡desconfiad de todos aquellos a quienes es poderosa la tendencia a imponer castigos! [...] Pues a *mí* la justicia me dice así: ‘los hombres no son iguales’” (Nietzsche, 156-157). De esta manera, tanto Nietzsche como Meursault, desaprueban la vieja fórmula bajo la cual se erigen hombres, pero moldeándolos de tal forma que sean el resultado de la imposición de sentencias.

La Naturaleza es indiferente ante la muerte. Y Meursault lo supo. Es por esto que sus últimas palabras serán de agradecimiento, agradecimiento a la tierra, que sí lo comprende y que se parece un poco a él: “vaciado de esperanza, delante de esta noche cargada de signos y estrellas, me abría por primera vez a la tierna indiferencia del mundo. Al encontrarlo tan parecido a mí, tan fraternal, en fin, comprendía que había sido dichoso y que lo era todavía.” (Camus, 77). Pero bajo una sociedad racional, para Meursault fue complicado liberar su lado animal, aún cuando el mismo Sartre reconozca que finalmente “sólo nos queda fiarnos de nuestros instintos.” (Sartre). Esto le trajo problemas. Su asesinato no fue sino una consecuencia de la imposibilidad de canalizar su rabia, aquella intempestiva rabia que brotó junto con sus últimas palabras dirigidas hacia el capellán, en aquel Meursault que antes parecía tan mesurado, tan tranquilo, tan indiferente. Su asesinato no fue sino un efecto, producto de una incapacidad de poder llevar a cabo sus instintos vitales, en una sociedad racionalizada. Meursault encarna el perfecto *dionisiaco* reprimido. Tal vez, si Meursault hubiera sido un poco más racional, un poco más juicioso, algo más certero, la Naturaleza no habría surtido tanto efecto en él. Tal vez, habría podido evitar el reconocer que mató a causa del sol.

Notas

- [1] Roberto Angel actualmente es aspirante al grado de Magíster en Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile.
- [2] El título original en francés de *El Extranjero* es *L'Étranger*, que en español no quiere decir sólo “extranjero”, sino también “extraño”.
- [3] Recordemos que es en *La Poética* de Aristóteles en donde ya se exaltan las características de lo trágico y lo sublime, relegando a segundo plano lo cómico. Así, todo lo raro, todo lo que no está de acuerdo a la “norma”, se tilda de ridículo, expulsándolo de la sociedad.

Bibliografía

Camus, Albert. *El extranjero*. Santiago, Chile: Andrés Bello, 1991

Deleuze, Gilles. *Nietzsche*. Madrid: Arena, 2000.

Heidegger, Martin. “La frase de Nietzsche: ‘Dios ha Muerto’ “. *Sendas Perdidas*. Argentina: Losada.

Zárate, Marla. “La Estética de Absurdo en Albert Camus.” En: <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/monje34.pdf>

Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza, 1998.

-- *El nacimiento de la Tragedia*. Madrid: Alianza, 1973.

Sartre, Jean Paul. “El Existencialismo es un Humanismo.” En: <http://www.geocities.com/poeticaarte/existencialismoa.htm>

© Roberto Angel G. 2007

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

